

2632

LUIS FACIO

COSAS DE NOVIOS

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

Estrenado en el TEATRO DE LA PRINCESA de Madrid
el 13 de Junio de 1905



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
NÚÑEZ DE BALBOA, 12

1905



COSAS DE NOVIOS

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

LUIS FACIO

Estrenado en el TEATRO DE LA PRINCESA de Madrid
el 13 de Junio de 1905

*A mi querido primo Pepe, en
prueba de verdadero cariño*



Luis Facio

Agosto 1905

MADRID

IMPRESA DE LOS SEÑORES ESPINOSA Y LAMAS,
Augusto Figueroa, 4

1905

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los Comisionados y Representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LA DISTINGUIDA Y NOTABLE ACTRIZ

Doña Antonia Casado.

Apreciable Antonia: Cumplo un deber de gratitud colocando su nombre al frente de esta obrita, á cuyo éxito tan eficazmente ha sabido usted cooperar con su inspirada y acertada labor.

Reciba, pues, con el fiel testimonio de mi eterno agradecimiento, el aplauso sincero y entusiasta de su affmo. y s. s.,

q. s. p. b.,

LUIS FACIO.

Junio 13 de 1905.

REPARTO

DOÑA RITA.....	SRA. CASADO.
MARIANA.....	SRTA. GUERRA.
ANITA.....	SRTA. IRANZO.
MARIA.....	SRTA. SEIJO.
CORONEL BECERRÓN..	SR. GUERRA.
D. PIO.....	SR. RENOVALES.
SERAPIO.....	SR. FABRA

ACTO UNICO

La escena representa una sala baja de un hotel de Villalba. Puerta al foro y cuatro laterales. En el foro izquierda ventana por la que se vé el jardín lo mismo que por la puerta. A la izquierda del foro piano colocado de forma que pueda esconderse detrás una persona. A la derecha entre las dos puertas, un escritorio de señora y encima, colgado de la pared un espejo. Toda la habitación amueblada con lujo. En un rincón, ha de haber una escopeta de caza y un morral.

ESCENA PRIMERA

MARIANA *sentada al escritorio, después* DOÑA RITA

MARIANA. (Después de escribir un momento.) Siempre me sucede lo mismo. Ya no me acuerdo si inolvidable se pone con *b* ó con *v*..... (Después de pensar) Lo pondré con *b* grande, lo mismo da. (Escribiendo.) De..... caza..... Yo también..... tengo.....

RITA. (Dentro.) ¡Mariana!

MARIANA. ¡Voy, mamá!. Salir..... por eso..... no te..... escribo más. Hasta..... (Fijándose.) ¡Anda salero! ¡Pues no he puesto *hasta* con *h*!..... No importa; él lo entenderá. (Escribiendo.) Luego.....

RITA. (Dentro.) ¡Mariana!

MARIANA. ¡Voy enseguidita, mamá! Ni escribir la dejan á una tranquila. (Cerrando la carta.) En fin, ya está. Ahora se la doy á María y en paz.

RITA. (Entrando segunda izquierda.) Pero, Mariana.

MARIANA. (Escondiendo la carta en el pecho y volviéndose muy asustada.) ¡Ay, mamá! ¡Qué susto me has dado!

RITA. ¿No oías que te llamaba?

MARIANA. Sí, mamá; pero.....

RITA. No hay pero que valga; estarías leyendo, como siempre, ¿verdad?

MARIANA. Mamá.....

RITA. Vas á dar lugar á que te prohíba que leas. Por supuesto, no tienes tú la culpa, sino tu amiga

- MARIANA. Anita, que siempre te está trayendo librotos.
RITA. No son librotos, mamá, son.....
RITA. Menos conversación. ¿No vas á ir hoy á casa de Aurora?
MARIANA. Si tú quieres.....
RITA. Pues anda á vestirte.
MARIANA. (Dirigiéndose á la primera derecha) Voy. (Si me descuido me pillan).
RITA. Y ahora te estás dos horas componiéndote.
MARIANA. No, mamá; acabo en seguida. (Sale.)

ESCENA II

DOÑA RITA, después DON PIO.

- RITA. ¡Qué muchachas las del día! No piensan más que en leer novelas, emperregilarse y..... tener novio. Y menos mal, que ésta no ha empezado todavía con los noviajos, que yo sepa. Ni más ni menos que las muchachas de mi tiempo. Aquellas ayudaban, mejor dicho, ayudábamos en los quehaceres de la casa; pero estas chicas *modernistas*, sí, que si quieres.
PIO. (Sacando la cabeza por la primera izquierda.) ¡Rita!
RITA. Pero..... ¿todavía estás aquí?
PIO. Sí, mujer, sí; y lo que estaré.
RITA. Pues ¿qué te sucede?
PIO. Que llevo más de una hora tratando de abrocharme las polainas y no he conseguido más que destrozarme las yemas de los dedos. Si tú fueras tan amable y complaciente que tuvieras la bondad de hacerme el favor.....?
RITA. Para decirme que te ayude, no tenías necesidad de tanto ratimago. Vamos.
(Se retira D. Pio saliendo Doña Rita.)

ESCENA III

MARÍA, después DOÑA RITA Y DON PIO.

- MARÍA. (Entrando por el foro con carta en la mano.) ¡Anda! ¡Si no está aquí la señorita!..... Me extraña. Porque siempre espera aquí á que le traiga la carta y me da la suya. Y el otro esperando en la carretera.
PIO. (Dentro.) ¡Gracias á Dios!
MARÍA. (Asustada.) ¡Los señores! Y la carta..... aquí la pongo y ya la cojerá. (Coloca la carta dentro de un libro que habrá en el escritorio y sale segunda derecha.)

- PIO. (Entrando por primera izquierda seguido de Doña Rita. Viste traje de cazador, á cuadros y muy extravagante. Apenas puede andar á causa de lo mucho que le oprimen las polainas.)
Ea; ya estoy arreglado.
- RITA. Y tan arreglado. Apenas puedes andar.
- PIO. Eso es ahora, al principio; después.....
- RITA. Será peor.
- PIO. No mujer
- RITA. Ya lo veremos.
- PIO. ¿Quieres darme el morral?
- RITA. Toma el morral. (Se lo dá.) Por supuesto, no sé para qué vas cargado con este chisme; siempre lo traes vacío.
- PIO. Ya verás como hoy trae algo. (Coje la escopeta.)
- RITA. Como no traiga las polainas, porque hayas teniendo que quitártelas en el camino.
- PIO. ¿Eh? ¿Qué tal?
- RITA. Muy bien. Estás hecho un cuadro.
- PIO. Pues no sé qué tengo, para que digas eso.
- RITA. Nada. Márchate, que vas á llegar tarde.
- PIO. No creo... (Mirando el reloj.) ¡Caracoles! ¡Las diez menos cinco!
- RITA. ¿A qué hora es la partida?
- PIO. A las diez en punto; y el que se retrase no va al monte, y además paga el gasto que hagan los que van.
- RITA. Pues ya te puedes dar prisa.
- PIO. Está cerca el Hotel de Bermejillo, que es el punto de reunión. Lo peor es que las malditas polainas no me dejan andar de prisa.
- RITA. Ni despacio. Con tal de que no te quedes en el monte, por no poder volver á casa.
- PIO. Vaya, hasta luego.
- RITA. Anda con Dios, hombre.
- PIO. ¿Y la niña?
- RITA. En su cuarto, poniéndose de veinticinco mil alfileres, para ir á casa de su amiga Aurora.
- PIO. Vaya, adiós. (Sale al foro, acompañado de Doña Rita.)

ESCENA IV

Dichos, ANITA y el CORONEL BECERRÓN, después MARIANA y MARÍA.

- CORONEL. (Apuntando á D. Pio con el quitasol.) ¡Alto!
- PIO. (Retrocediendo.) ¡Canastos! ¡Me ha asustado usted!
- CORONEL. ¡Vaya un cazador, que se asusta de una sombrilla!

- ANA. No tiene nada de particular. ¡Como ha sido tan de repente!
- Pío. Claro.
- ANA. Con que de caza, ¿eh?
- Pío. Sí, señora, de caza. Me van ustedes á perdonar que no me detenga; pero la partida es á las diez, y el que no esté á esa hora, paga multa.
- CORONEL. Pues paso ligero. Que no se diga en Villalba que D. Cronómetro anda con retraso.
- ANA. Sí, sí; por nosotros ne se detenga usted. Doña Rita nos hará la visita.
- Pío. (Despidiéndose de Doña Anita.) Anita, á los piés de usted. Coronel, á la orden. (Se cuadra con la escopeta, y el Coronel hace lo mismo con el quitasol.) (¡Dichosas polainas!) (Sale.)
- ANA. ¡Que cace usted mucho!
- RITA. Alguna insolación. Pero pasen ustedes, y tomen asiento. (Entran.)
- CORONEL. (Sentándose) Con su venia.
- ANA. (Idem.) Le sienta muy bien á D. Pío el traje de cazador.
- RITA. Ya lo creo. Está casi guapo.
- CORONEL. Yo sí que estaba guapo con el traje de cazador cuando era joven. Había que verme con mi traje de pana, color verde aceituna, mi bota de cuero, mis polainas, de cuero también, mi sombrero de ala ancha, y mi fusil al hombro.
- RITA. Sí que estaría usted bien.
- CORONEL. Ya lo creo. Estaba encantador.
- ANA. Sobre todo modesto.
- CORONEL. Yo soy así; franco en todo.
- RITA. Y tan franco.
- CORONEL. Yo lo que le digo á usted, señora, es que si me llega usted á conocer entonces.....
- ANA. Se enamora usted de él.
- CORONEL. ¿No te has enamorado tú?
- RITA. Tiene razón.
- CORONEL. Y eso que cuando tú me has conocido, servíay a en segunda vida.
- ANA. ¡Qué cosas tiene este Tristán!
- CORONEL. Figúrese usted, señora, lo que sería yo á los veinticinco años, cuando hoy tengo cincuenta y ocho cumplidos, y me parece que todavía estoy en condiciones de pasar algunas revistas.
- RITA. Ya lo creo.
- CORONEL. Y en cuanto á salud, no hay que hablar, porque la tengo á prueba de bomba. Sin inconveniente

de ningún género atravesaba de una estocada ó rompía de un puñetazo la cabeza al primero que se atreva á ofenderme en lo más mínimo.

RITA. No lo dudo. ¡Qué animal!

ANA. Pero no me negarás que D. Pío está muy bien con el traje de cazador.

CORONEL. No está del todo mal; pero le falta marcialidad, gracia; en fin, parece un quinto con la primera puesta.

ANA. ¡Qué hombre éste! Siempre de broma.

RITA. (Con risa fingida.) Sí; es muy bromista. (Pausa.) Y..... ¿adónde van ustedes tan de mañana?

CORONEL. Vamos de retirada.

RITA. ¿De retirada?

ANA. Sí; venimos de la estación de recibir á los de Varela que han llegado hoy de Madrid; pero como ayer me dijo Mariana que había ya terminado de leer el primer tomo de la novela que le traje el otro día, veníamos á traerla el segundo.

RITA. ¿Y se han molestado ustedes por eso?

ANA. No es molestia.

CORONEL. No tenemos otra cosa que hacer; nos sirve de distracción.

RITA. En ese caso.....

ANA. Está unó aquí tan aburrido..... Como Tristán no quiere frecuentar el trato con la colonia....

CORONEL. No, señora; no quiero, porque todos, sin excepción, son una colección de cursis.

RITA. Muchas gracias.

ANA. Eso no va con ustedes.

RITA. ¡Ah!

CORONEL. No, señora; no faltaba más, ustedes son los que menos me cargan.

RITA. Eso quiere decir que.....

ANA. No le haga usted caso. (Variando.) ¿Y Mariana?

MARIANA. (Entrando.) ¡Presente!

CORONEL. ¡Señorita!.....

ANA. (Besando á Mariana.) ¿Ibas á salir?

MARIANA. Sí; pero no tengo prisa.

CORONEL. Por nosotros no se detengan. (Se levanta.)

RITA. No tenemos prisa. Vamos á casa de Aurora, que está estudiando con ésta un wals á cuatro manos.

ANA. Pues nosotros no venimos más que á traerte el segundo tomo de *Carola*. ¿Te ha gustado el primero?

MARIANA. Muchísimo.

- CORONEL. (Sacando del bolsillo un libro, y dandoselo á Mariana.) Pues aquí tiene usted el segundo.
- MARIANA. (Cogiéndole.) Muchísimas gracias. (Le deja en el escritorio.) El otro ya te lo llevaré yo.
- ANA. ¿Para qué te vas á molestar? Nosotros nos lo llevaremos, ¿verdad, Tristán?
- CORONEL. Naturalmente.
- MARIANA. En ese caso...! (Lo coge del escritorio y se lo da.) Tenga usted.
- CORONEL. (Guardando el libro en un bolsillo.) Venga.
- MARIANA. Y usted perdone las molestias.
- CORONEL. Usted me manda, señorita. (A Ana.) Con que, esposa..... ¡preparen!
- ANA. (Levantándose.) Sí, vamos.
- RITA. Ustedes siempre tan juntitos.
- ANA. Como que nos llaman en Villalva el matrimonio insoluble.
- CORONEL. Y así debe de ser. Yo soy militar de corazón, y el matrimonio es como la milicia. El hombre que se casa es un recluta que jura la bandera; se hace cargo del fusil, que es la mujer, y desde aquel momento, cuidarle y conservarle es su mayor deber, no debiendo abandonarle hasta que se licencia. ¿De qué sirve un soldado sin armas? De nada. ¿De qué sirve un arma sin un soldado que la esgrima? De menos. Pues lo mismo es el matrimonio; ni el marido sirve de nada sin la mujer, ni la mujer sin el marido.
- RITA. Celebraré en el alma que siempre piense usted lo mismo.
- CORONEL. El Coronel Becerrón no retrocede en nada, ni por nada.
- RITA. Lo creo.
- CORONEL. (A Ana, que habla con Mariana.) ¡Esposa, en marcha!
- RITA. Y ahora, á casita, ¿eh?
- CORONEL. Sí, señora; al cuartel á dejar la fuerza, y después á dar una vuelta por la estación, á esperar el correo.
- MARIANA. Oye, mamá; estaba diciéndome Anita, que si no quieres salir, ellos me acompañarán á casa de Aurora.
- ANA. Pasamos por la puerta.....
- RITA. Si son tan amables.....
- ANA. No faltaba más.
- CORONEL. La convoyaremos con mucho gusto.
- MARIANA. (Y yo, sin poder dar la carta á María. ¡Ah! se me ocurre una idea.) (Toca el timbre, se dirige al escrito-

rio, saca disimuladamente del pecho a carta, y la coloca en el libro.)

MARÍA. (Entrando.) ¿Llamaban los señores?

MARIANA. Sí; tráeme la sombrilla que está en mi cuarto. (Se pone á arreglarse al espejo.)

MARÍA. (Si la pudiera decir....) (Sale segunda izquierda.)

RITA. Pero, Mariana, ¿acabas de arreglarte?

MARIANA. Sí, mamá; ya estoy.

CORONEL. Déjela usted, señora; está en la edad para ello. Usted ya no se acuerda de cuando era joven: claro, hace tantos años.....

RITA. Eso es llamarme vieja.

ANA. No le haga usted caso, Doña Rita.

MARÍA. (Entrando.) La sombrilla.

MARIANA. Trae. (Al cogerla, le indica el libro, y María le hace señas de asentimiento.)

MARÍA. (Menos mal; ha cogido la carta.) (Sale.)

MARIANA. ¡Mi Coronel, á la orden!

CORONEL. Pues.... ¡marchen! (A Rita.) Señora.....

RITA. Adiós, Coronel. Adiós, Anita.

MARIANA. Adiós, mamá.

RITA. Adiós, hija. (Salen. Doña Rita les acompaña hasta el foro.)

ESCENA V

DOÑA RITA, después MARÍA

RITA. (Volviendo desde el foro.) Qué hombre más especial es este Becerrón. Tan brusco, tan celoso y tan..... animal. La verdad es que yo no sé lo que es mejor; si un marido como el Coronel que no deja á su mujer ni á sol ni á sombra, ó un marido como el mío, que unos días porque tiene partida de caza; otros partida de tresillo, y otros partida de tute, resulta que está siempre partido, y que no para en casa más que á las horas de comer y de dormir. (Sentándose al lado del escritorio.) Por supuesto, que de los maridos como Becerrón me río yo; esto no quiere decir que yo dude de la virtud de Anita, nada de eso; pero..... en fin, allá ellos. (Cogiendo el libro.) ¿Qué novelucha será ésta? (Leyendo la portada.) «Carola.» ¿Que Carola será? (Sorprendida al ver la carta.) ¿Eh? ¿Qué es esto? Una carta. A que va á resultar..... porque no hay duda; este libro es el que ha traído hoy Anita. A ver. (Leyendo.) «Carola» «II tomo.» Justo, el II tomo; luego esta carta es de Anita, ó para

Anita. ¡Ay, Coronel! ¡Cuando yo digo! Sino fuera indiscreción, la leería, pero..... (Con resolución.) yo la leo. (La abre y la lee. Mny sorprendida.) ¡Caracoles! ¿Que dice aqui? «Mi inolvidable Pío:» Yo estoy soñando; no; lo dice bien claro. A ver la firma; justo, «Ana.» ¿Con que es decir, que esta carta está dirigida á mi marido? Porque en la colonia, no hay más Pío que él; ni más Ana que ella. Veamos que dice: (Leyendo.) «Mi inolvidable Pío: Te escribo de prisa y corriendo, para que la recibas antes de irte de caza. Yo también voy á salir. Hasta luego, que nos veremos, Ana.» Que nos veremos, ¿eh? Ya lo creo que nos vamos á ver. Por eso decía que estaba muy bien con el traje de cazador. ¡Infames! Ahora comprendo por qué el mamarracho de mi marido se estaba haciendo el remolón; como que hacía tiempo para dar lugar á que viniera la muy..... coronela. Pero yo les aseguro que me las pagan. Primero ella, (Toca el timbre) y después él. Lo que es á él, no le van á quedar ganas de.....

MARÍA.

(Entrando.) ¿Llama la señora?

RITA.

Si; dame la sombrilla. (Sale María y vuelve con sombrilla.) Voy á salir.

MARÍA.

¿He de acompañar á la señora?

RITA.

No; voy sola. (Sale.)

ESCENA VI

MARÍA Y SERAPIO. *Este viste traje de cazador.*

MARÍA.

¿Que le pasará á la señora? Vaya usted á saber Y á todo esto, la señorita no me ha dado carta para el novío. ¡Bueno se vá á poner! Dos horas esperando para luego..... nada.

SERAPIO.

(Asomando la cabeza por la ventana) ¡María!

MARÍA.

(Asustada) ¿Eh?

SERAPIO.

¿Estás sola?

MARÍA.

Si, señorito; pero pueden volver.

SERAPIO.

(Entrando) No; si me voy enseguidita. Me he cansado de esperar en la carretera y me he decidido á venir yo mismo á buscar la carta.

MARÍA.

Pues... no hay nada.

SERAPIO.

¿Como?

MARÍA.

Que no me ha dado la señorita ninguna carta.

SERAPIO.

No lo comprendo.

MARÍA.

Ni yo tampoco, pero así es.

- SERAPIO. ¿Pero tú le has dado la mía?
- MARÍA. Sí.
- SERAPIO. ¿Y que te ha dicho?
- MARÍA. Nada; porque no la he podido hablar.
- SERAPIO. Entonces, ¿Como le has dado mi carta?
- MARÍA. No se la he dado.
- SERAPIO. ¿En qué quedamos?
- MARÍA. Quedamos en que es preciso que se vaya usted inmediatamente, porque van á volver, y usted comprenderá.....
- SERAPIO. Sí; ya me voy; pero explícame.....
- MARÍA. Diré á usted; como no podía hablar con la señorita, puse la carta de usted en ese libro... (Señalándole.)
- SERAPIO. (Hojeando el libro.) Y, ¿estás segura de que la ha cogido? Si; aqui no hay nada ¡Ingrata! Y para esto me he estado dos horas en la carretera, como si fuera un guardia civil?
- MARÍA. Señorito, por Dios, váyase usted.
- SERAPIO. (Cómico serio) Si, me voy; pero la vas á decir que por su causa he perdido la partida de caza; que me cuesta pagar la multa, y que en castigo de no haberme escrito hoy por la mañana, no la vuelvo yo á escribir, hasta.....
- MARÍA. La tarde, ¿verdad?
- SERAPIO. Eso es; hasta la tarde. Adios (Se dirige al foro.)
- MARÍA. Adios, señorito.
- SERAPIO. (Volviendo.) ¿No se te olvidará?
- MARÍA. No, señorito; váyase descuidado.
- SERAPIO. (Se va al foro y vuelve.) ¿No dejarás de decirla todo?
- MARÍA. Ya le he dicho á usted que no. (Qué posma).
- SERAPIO. (Repite el juego anterior) Sobre todo lo de la multa. (Sale.)
- MARÍA. Sí, señorito, sí. ¡Gracias á Dios! Creí que no se marchaba hoy.
- SERAPIO. (Entrando muy asustado.) ¡María!
- MARÍA. Sí; no se me olvida.
- SERAPIO. (Muy rápido.) No, mujer, no es eso. Es que viene Don Pío.
- MARÍA. (Muy asustada) ¡Jesús! ¡Qué compromiso! ¿Lo vé usted? Si se hubiera marchado cuando yo se lo dije.
- SERAPIO. Bueno; dejate de recriminaciones y dime en donde me escondo. (Corre la escena de un lado para otro sin saber en donde esconderse. Se dirige á la izquierda.)
- MARÍA. No; ahí, no. Métase V. aquí. (Entra en la segunda derecha. Maria se coloca delante de la puerta.)

ESCENA VII

MARÍA Y DON PÍO.

- PÍO. (Entra andando con mucho más trabajo que cuando salió.) Por fin, llegué tarde. ¡Malditas polainas! Cada vez me hacen más daño. (Deja la escopeta).
- MARÍA. ¿Quiere el señor algo?
- PÍO. (Volviéndose.) ¡Ah! ¿Estabas ahí? No te había visto al entrar. Sí, mira, desabróchame estas polainas. (Sentándose. María se arrodilla y le quita las polainas.) Razón tenía Rita; si llego á ir al monte, me tienen que traer en burro. ¡Qué atrocidad!
- MARÍA. Ya están. (Levantándose.)
- PÍO. (Se levanta y sacude las piernas.) ¡Qué gusto! Parece que me han puesto piernas nuevas. (A María.) ¿Y la señora?
- MARÍA. Ha salido.
- PÍO. ¿Y la señorita también?
- MARÍA. También.
- PÍO. Me alegró. Así ya que no he llegado á la partida de caza, veré si llego á la de tresillo. (Coge el sombrero.)
- MARÍA. ¿Va el señor á salir?
- PÍO. Sí. (Esto es andar.)
- MARÍA. (Así podrá marcharse el señorito).
- PÍO. Si viene la señora antes que yo, la dices que he llegado tarde á casa del Sr. Bermegillo, y que si me necesita, estoy en la botica de D. Froilán.
- MARÍA. Está muy bien. Se lo diré.
- PÍO. Hasta luego. (Saliendo.) ¿Quién inventaría las polainas? (María le sigue hasta el foro en donde permanece hasta que se pierde de vista Don Pío.)

ESCENA VIII

MARÍA Y SERAPIO.

- MARÍA. (Abriendo la puerta del cuarto en que está encerrado Serapio.) Salga usted ya, señorito.
- SERAPIO. (Entrando con precaución.) ¿Se ha marchado ya?
- MARÍA. Sí, señorito. Ahora márchese usted también.
- SERAPIO. Se conoce que también ha perdido la partida. Me alegró, así tocamos á menos.
- MARÍA. Aproveche usted la ocasión. (Al dirigirse Serapio al

foro, María toda asustada le corta el paso.) ¡La señora! ¡Escóndase usted otra vez!

Pío. (Dirigiéndose á la segunda derecha.) Pues me voy á pasar el día como los niños malos; en el cuarto oscuro. (Sale.)

ESCENA IX

MARÍA Y DOÑA RITA.

RITA. (Entra muy sofocada y da la sombrilla á María.) Toma, llévala á mi cuarto.

MARÍA. (Dirigiéndose á la segunda izquierda.) ¡Dios mío, como vea al señorito, buena la vamos á tener! (Sale.)

RITA. Pues, señor; ella ya tiene lo suyo. La he puesto á mi gusto. En mi vida he visto un cinismo igual. ¿Pues no ha tenido la desfachatez de hacerse la tonta y de decirme que se lo dirá todo á Becerrón? ¡A que no se lo dice! Becerrón. ¡Hombre! Por él me alegro. Para que luego venga con su ordenanza militar y su carácter, que parece que se come á los niños crudos. Pero me parece que por esta vez, ha quedado á la altura de su apellido. Por supuesto, en cuanto se entere, no sé lo que va á pasar aquí. (Mirando hacia el jardín). ¿Eh? Aquí está. Aparentemos mucha calma. Es lo más conveniente.

ESCENA X

DOÑA RITA Y EL CORONEL. *Durante esta escena, Doña Rita aparenta mucha calma y se mofa del Coronel que cada vez se exalta más.*

CORONEL. (Entrando hecho una furta y sin descubrirse.) ¡Señora!

RITA. ¡Caballero!

CORONEL. ¿No está su esposo?

RITA. No señor. Pero..... cúbrase usted.

CORONEL. (Sin descubrirse.) Es comodidad, muchas gracias.

RITA. No hay de qué.

CORONEL. ¿Y no hay un hombre en la casa?

RITA. No señor.

CORONEL. Pues lo siento, porque yo necesito un hombre.

RITA. Pues como no quiera usted una mujer.

CORONEL. No me sirve.

RITA. Pues no hay otra cosa.

CORONEL. ¿Y tardará mucho su esposo?

- RITA. No sé.
- CORONEL. Pues le esperaré. (Se sienta.)
- RITA. Tome usted asiento.
- CORONEL. Mil gracias.
- RITA. Y.... ¿no puede saberse que le trae por aquí?
- CORONEL. ¿Usted me lo pregunta?
- RITA. Natural.
- CORONEL. Pues no es natural.
- RITA. Hombre, le veo entrar de esa manera y se me ocurre preguntar: ¿Qué mosca le habrá picado á Becerrón?
- CORONEL. Pues sepa usted que no ha sido una mosca lo que me ha picado.
- RITA. ¿No?
- CORONEL. No señora; ha sido una víbora.
- RITA. ¿Una víbora?
- CORONEL. Sí, señora; y esa víbora es usted.
- RITA. Muchas gracias.
- CORONEL. No hay de qué.
- RITA. Pues, la verdad, no comprendo.
- CORONEL. ¡Señora! ¿Usted se burla?
- RITA. ¿Yo?
- CORONEL. ¡Usted!
- RITA. Cada vez le entiendo menos.
- CORONEL. ¡Señora! ¿No ha ido usted hace un momento á mi casa.
- RITA. Sí, señor.
- CORONEL. ¿No ha tenido usted el atrevimiento de injuriar á mi esposa?
- RITA. Sí, señor. (Conteniéndose.)
- CORONEL. ¿No ha salido usted de mi casa sin querer dar explicaciones de su conducta?
- RITA. Sí, señor.
- CORONEL. Y.... ¿todavía se atreve usted á preguntarme que á qué vengo?
- RITA. Sí, señor.
- CORONEL. Pero, señora; usted está dejada de la mano de Dios.
- RITA. (Con intención.) En cambio, á usted le ha tomado por las suyas el demonio.
- CORONEL. ¿A mí? ¿Por qué? ¿Quiere usted explicarse?
- RITA. Sí, señor, me explicaré. Se conoce que en alguna ocasión ha dejado usted su fusil abandonado, y no ha faltado otro recluta que se ha sabido aprovechar de su descuido.
- CORONEL. ¡Señora! ¡Usted no sabe lo que dice. (Levantándose.)
- RITA. Usted es el que no sabe lo que oye.

- CORONEL. ¿Pero cómo sabe usted.....?
RITA. Por experiencia. Conozco al recluta aprovechado.
- CORONEL. ¡Fuego! ¿Que usted conoce al.....?
RITA. Ya lo creo.
- CORONEL. Dígame usted quién es, y ahora mismo.....
RITA. ¿Qué?
CORONEL. Hago una barbaridad.
RITA. Lo creo. Pues es.....
CORONEL. ¿Quién? Diga usted, señora; diga usted.
RITA. Mi marido.
- CORONEL. (Muy sorprendido) ¡Su.....! (Con convicción.) Eso no puede ser.
RITA. ¿Que no puede ser?
CORONEL. No, señora. Mi mujer no tiene tan mal gusto.
RITA. (Gracias.) Pues..... su mujer no tendrá tan mal gusto, pero hay pruebas.
- CORONEL. ¿Que hay pruebas? ¿Dónde están?
RITA. (Sacando la carta.) Aquí.
- CORONEL. (Cogiéndola.) Démela usted, señora; que yo la prometo que como sea cierto lo que usted dice, hago.....
RITA. Una barbaridad, sí; ya lo ha dicho usted.
CORONEL. (Leyendo para sí.) ¡No hay duda! La letra no parece suya; pero, claro, la habrá desfigurado por precaución. (La devuelve la carta.)
- RITA. Pues no sabe usted lo mejor.
CORONEL. (Con sobresalto.) ¿Otro recluta?
RITA. No, hombre.
CORONEL. ¡Ah! Entonces.....
RITA. ¿A que no sabe usted quién es el encargado de traer y llevar.....?
- CORONEL. Vamos, sí; el corneta.
RITA. No tiene usted mal corneta.
CORONEL. Dígamelo usted, señora; y yo la aseguro á usted que á ese le hago tajaditas.
- RITA. ¿A que no?
CORONEL. ¡Usted no conoce todavía al coronel Becerrón!
RITA. Pues mire usted; el encargado de traer y llevar....., no es un corneta, como usted dice; sino un coronel; usted.
- CORONEL. ¡Señora! ¿Yo? ¿Esto es para volverse loco!
RITA. ¿No ha traído usted esta mañana este librito?
CORONEL. Sí, señora.
RITA. Pues dentro venía esta carta. Sin duda estaban de acuerdo; pero no contaban con la huésped, y esa era yo.

- CORONEL. Esto es ya demasiado.
RITA. Y no tendría nada de extraño que en el tomo que usted se ha llevado, fuera alguna carta de mi marido.
- CORONEL. ¡Fuego! ¡Como así sea! Precisamente he metido el libro en un cajón de mi mesa. Voy á paso de carga; y como haya en él alguna carta, antes de un cuarto de hora vengo, formo el cuadro, y pego fuego á la casa por los cuatro costados.
- RITA. (¡Qué bárbaro!) Pero, coronel....
CORONEL. A la orden de usted. Tiene usted un cuarto de hora para evacuar la plaza. (Sale hecho una furia.)
RITA. (Intencionadamente.) Cuidado con tropezar.

ESCENA XI

DOÑA RITA Y MARÍA

- RITA. (Volviendo del foro.) Este hombre es un búfalo, y es muy capaz de hacer una salvajada. En cuanto á mi marido, es preciso de todo punto que no le vea; ese me corresponde á mí por derecho propio. (Fijándose en la escopeta.) ¡Calla! Si está aquí la escopeta, y el morral y las polainas. Por lo visto, ha vuelto. (Toca el timbre.) Me alegraría.
- MARÍA. (Entrando) ¿Llama la señora?
RITA. Si. ¿Ha venido el señor?
MARÍA. Si, señora; pero se ha vuelto á marchar.
RITA. ¿Y no ha dicho á donde iba?
MARÍA. Si, señora; me ha dicho que iba á la botica de D. Froilán.
- RITA. Pues llégate en un momento y le dices que venga á escape.
- MARÍA. Voy corriendo. (Y el señorito sin poder salir). (Sale).
- RITA. Vamos á prepararnos para recibirle. Lo que es, como no venga pronto el Coronel; llega tarde; antes de cinco minutos Pío, no pía. (Sale 1.ª, izquierda).

ESCENA XII

SERAPIO, después MARIANA

- SERAPIO. (Sacando la cabeza.) ¿Se habrán marchado ya? (Mira á todos lados.) Parece que no se oye á nadie. (Sale.) Pues, señor; no acabo de convencerme. Con que es decir, que Anita y mi futuro suegro.... ¿Quién

se lo iba á figurar? ¡Fíese usted de las mujeres virtuosas y de los maridos celosos. La verdad es, que no lo comprendo. Cada vez me convenzo más de que el corazón de la mujer es incomprendible. A quien se le diga que he estado yo más de dos meses haciendo la corte á la tal Anita, sin obtener una mirada compasiva siquiera, y que luego se ha ido á enamorar del adefesio de D. Pío, no lo cree; porque me parece que entre él y yo hay alguna diferencia. Por supuesto, el coronel hace una barbaridad, porque es un beduino. En fin, á ver si consigo salir de aquí, que es lo que más me interesa. (Se dirige al foro.) ¡Canastos! ¡Que viene gente! Nada, que me voy á pasar aquí el día. No; pues yo no me meto ahí. Aquí me quedo. (Se mete detrás del piano.)

MARIANA. (En el foro, hablando con alguien que se supone dentro.) Adiós, y muchas gracias. (Entra.)

SERAPIO. (¡Ella!)

MARIANA. No hay nadie.

SERAPIO. Gracias.

MARIANA. (Mirando á todas partes.) Juraría haber oído.....

SERAPIO. (Asomando la cabeza por encima del piano.) Es claro; como que estoy yo aquí.

MARIANA. (Sorprendida y asustada.) ¿Tú?

SERAPIO. Yo.

MARIANA. ¿Y cómo estás aquí?

SERAPIO. Porque no puedo estar en otra parte.

MARIANA. (Escuchando.) ¡Calla! (Se dirige á la primera izquierda.) Me parece..... (Mira y rápido.) Escóndete, escóndete.

SERAPIO. Pues me voy á divertir.

ESCENA XIII

Dichos. Doña RITA, después MARÍA,

RITA. (Entrando.) ¡Ah! ¿Eres tú?

MARIANA. (Muy intranquila.) Sí, mamá; acabo de llegar.

RITA. ¿Y con quién hablabas?

MARIANA. ¿Yo, mamá? Con nadie.

RITA. Pues me había parecido oír.....

MARIANA. Como no fuera con la doncella de Aurora, que me ha acompañado hasta aquí.

RITA. Eso sería. (Pausa grande, durante la cual Doña Rita da grandes muestras de impaciencia, y Mariana se dirige al piano.) ¿En dónde se habrá metido ese demonio de hombre?

- MARIANA. (Volviéndose sobresaltada.) ¿Quién, mamá?
RITA. ¿Quién ha de ser? Tu padre.
MARIANA. ¡Ah!
RITA. (Al ver á María, que llega.) Aquí está María.
MARÍA. (Entrando) En la botica me han dicho que estuvo allí hace un rato; pero que se marchó, sin decir á dónde iba.
RITA. Está bien; retírate.
MARÍA. (¿Se habrá marchado el señorito?)
MARIANA. Pero, mamá, ¿quieres explicarme lo que sucede? Parece que te pasa algo....
RITA. ¿Parece que me pasa algo, eh? Pues es señal de que me pasa. Escucha.
MARIANA. Escucho.
RITA. Desde hoy Anita ha muerto.
MARIANA. ¿Que ha muerto Anita?
RITA. Para nosotros, sí.
MARIANA. Pues no te entiendo.
RITA. Ni te hace falta. (Al ver á D. Pío, que llega.) ¡Calla! Ahí está tu padre. (Tendrá calma.)
MARIANA. ¿Qué pasará?

ESCENA XIV

Dichos y DON Pío

- PIO. (Entra con mucha calma, y deja el sombrero en una silla.) Está de Dios que hoy he de llegar tarde á todas partes.
MARIANA. ¡Hola, papá! (Le dá un beso, y se dirige al piano. Durante toda la escena hablan Mariana y Serapio.)
PIO. Hola, hija. Hola, esposa.
RITA. ¿Estás ya de vuelta?
PIO. No, hija; estoy de ida. Hay días que se levanta uno con desgracia, y todo sale al revés.
RITA. (Y tan al revés.)
PIO. Voy á casa de Bermegillo y se habian marchado los cazadores; me voy á casa de D. Froilán y ya estaban terminando la partida de tresillo, y por último, voy á casa de D. Moisés, el cura, y estaban ya jugando al tute y eran cuatro. Nada, nada, que D. Cronómetro, como dice el Coronel, anda hoy retrasado.
RITA. Pues ten mucho cuidado, no se pare. (Serapio animado con la conversación quiere dar un beso á Mariana; ésta le da una bofetada. Doña Rita se vuelve). ¿Que haces chiquilla?
MARIANA. Nada, mamá.
PIO. Oye, oye; ¿quieres explicarme eso de que tenga cuidado que no se pare el Cronómetro?

- RITA. Pues, que hay quien quiere romperle la rueda Catalina.
- Pío. ¿La rueda Catalina? Por fuerza tú estás hoy loca?
- RITA. Y tan loca como estoy. Pues nadie tiene la culpa más que tú.
- Pío. ¿Yo?
- RITA. Tú. Y no te vengas ahora con disimulos inútiles. (Cuanto más lo miro, menos lo creo.)
- Pío. ¿Quieres hacer el favor de explicarme lo que significa todo esto?
- RITA. Significa que lo sé *todo*.
- Pío. ¿Todo? (¿Qué es lo que sabrá?)
- RITA. *Todo*. Y que tengo pruebas.
- Pío. ¿Pruebas? ¿Y de qué?
- RITA. De que eres un sinvergüenza; un viejo verde; un.....
- MARIANA. (A Serapio.) Parece que regañan.
- SERAPIO. Ya se armó.
- RITA. Y que te voy á sacar los ojos. (Arrojándose á él.)
- MARIANA. (Interponiéndose.) ¡Mamá! ¡Por Dios!
- Pío. Tu madre se ha vuelto loca.
- RITA. ¿Loca? ¿Eh? Ya verás tú.....
- MARIANA. Pero..... ¿qué sucede?

ESCENA XV

Dichos y EL CORONEL

- CORONEL. (Entrando hecho un basilisco.) ¿En donde está ese hombre?
- SERAPIO. (Ya pueden venir los bomberos).
- Pío. (¿Qué le pasará á éste?)
- MARIANA. Pero, D. Tristán...
- CORONEL. Yo no soy D. Tristán, yo soy el Angel exterminador.
- SERAPIO. (Lo que eres tú es un energúmeno).
- RITA. (Este hace una animalada).
- CORONEL. ¡Señora! Tenía usted razón. Pero yo la aseguro que he de hacer un escarmiento.
- Pío. Pero, Coronel, ¿quiere usted explicarme?.....
- CORONEL. ¿Todavía tiene usted el cinismo de pedirme explicaciones?
- Pío. Naturalmente. Como entra usted de ese modo en mi casa.....
- CORONEL. Y usted vá á salir de ella, hecho un chicharrón.
- Pío. ¡Canastos! ¡Eso es grave!
- SERAPIO. (Ya escampa).
- CORONEL. ¡Señor mío! Lo sé *todo*.

Pío. (Otro que lo sabe todo). (Cómico serio.) ¿Conque lo sabe usted *todo*?

CORONEL. Sí, señor, *todo*.

Pío. ¿Y tendrá usted pruebas?

CORONEL. Sí, señor; tengo pruebas.

Pío. Ya lo decía yo.

CORONEL. ¿Qué me dice usted á eso?

Pío. Pues, que yo no tengo pruebas; que no sé ni una palabra y que me alegro infinito que usted lo sepa *todo*; pues de ese modo me lo podrá explicar.

CORONEL. ¡Pero este hombre es un mónstruo!

RITA. (En mi vida he visto un sirvergüenza por el estilo).

SERAPIO. (¿En qué acabará todo esto?)

CORONEL. (Sacando una carta y dándola á D: Pío.) Lea usted.

Pío. ¿Yo?

CORONEL. Usted. Lea y tiembale.

Pío. (Resignado.) LEO:

Ana del alma mía:
Corta te escribo,
pues soy de la partida
de Bermegillo.
Y si voy tarde
tendré que pagar multa
mal que me cuadre.

SERAPIO. (¡Zambomba! ¡Mi carta!).

CORONEL. Siga usted.

Pío. Sigo:

Pues sabes ya de sóbra
cuanto te quiero,
que eres toda mi vida
mi solo anhelo;
ya me despido,
pues va siendo muy tarde.
Te quiere

Pío.

MARIANA. (Esa carta parece suya)

Pío. (Sin comprender.) Bueno, ¿y qué me cuenta usted?

CORONEL. Pero yo no he visto en mi vida un cinismo igual.

Pío. Ni yo un lío semejante.

SERAPIO. (Ya comprendo lo que pasa).

CORONEL. Pero, vamos á cuentas; ¿no es de usted esta carta?

Pío. Qué ha de ser, hombre, qué ha de ser. Si yo en mi vida he sabido hacer ni aleluyas. Además, aquí está mi mujer que podrá decir si es mi letra. Toma. (Le dá la carta.)

- RITA. (Fijándose sorprendida). No.
CORONEL. Entonces.....
Pío. ¿Ve usted, hombre, como no sabía nada?
CORONEL. (Muy resuelto, da media vuelta y se dirige al foro.) ¡A la orden de ustedes!
RITA. ¿A dónde va usted, Coronel?
CORONEL. A buscar el fusil.

ESCENA FINAL

TODOS Y ANA

- ANA. (Entrando.) No te molestes. Te he seguido y he estado escuchando todo desde el jardín.
CORONEL. Entonces, sabes.....
ANA. Se, que aquí hay un error que me interesa mucho aclarar.
Pío. Y á mí también.
CORONEL. (Dando la carta á Ana.) ¿Conoces esta carta?
ANA. (Después de leerla.) No.
RITA. (Dándole la otra.) ¿Y esta otra?
MARIANA. (Esa parece la mía.)
ANA. Tampoco.
MARIANA. (Cogiéndola de manos de Ana.) A ver. (Examinándola.)
TODOS. ¿Eh?
MARIANA. Claro; esta carta es mía, y esa otra suya.
RITA. ¿Y quién es suya?
MARIANA. Mi novio.
Pío. Pero, ¿quién es tu novio?
CORONEL. Señorita, dígame usted quien es su novio y antes de cinco minutos.....
RITA. Le hace usted tajaditas.
SERAPIO. (Sale apuntando al Coronel con la escopeta.) Si yo me dejo.
RITA. }
ANA. } (Sorprendidos.) ¡Serapio!
CORONEL. }
Pío. }
SERAPIO. Servidor de ustedes.
Pío. Pero baje usted la escopeta, hombre.
SERAPIO. Que aten al Coronel antes.
ANA. No tenga usted cuidado, no hace nada.
SERAPIO. En ese caso. (Bajándola.)
Pío. Pero, ¿no era usted de la partida de Bermegillo?
SERAPIO. Si, señor; pero por culpa de las dichas cartas, me he quedado á pie.
Pío. Hombre, me alegro; así pagaremos el gasto á medias.

- RITA. ¿Y qué hacía usted ahí metido?
SERAPIO. Cazando perdices, señora.
CORONEL. (Después de pasearse pensativo, se detiene y da una fuerte patada.) ¡Alto!
- TODOS. (Asustados.) ¿Eh?
CORONEL. Que no estoy conforme.
TODOS. ¿Cómo?
CORONEL. En las cartas figuran Ana y Pío, y ustedes no se llaman así.
- SERAPIO. No señor, pero lo explicaré. Encontrando nuestros nombres algo vulgares, convinimos en usar solamente las tres últimas letras.
- MARIANA. Eso es; de Mariana, Ana y de Serapio, Pío.
ANA. ¡Cosas de novios!
Pío. Buen susto nos han dado ustedes con sus tonterías.
- SERAPIO. Pero sin intención.
Pío. ¿De modo que se han estado ustedes burlando de la autoridad paterna?
RITA. ¿Y materna?
MARIANA. ¡Mamá!
- CORONEL. Merecen ustedes que les fusilen.
SERAPIO. Pues con que nos casen ya estamos fusilados.
CORONEL. Justo. Nosotros actuaremos de hermanos de la Paz y Caridad; seremos padrinos.
- ANA. Con mucho gusto.
Pío. Bueno, de eso ya hablaremos despacio.
- ANA. (A Doña Rita) ¿Está usted ya tranquila?
RITA. Sí, hija, sí. ¡Qué peso se me ha quitado de encima!
CORONEL. Se le han quitado á usted dos.
ANA. ¿Cuál es el otro?
CORONEL. La niña; ¿te parece pequeño?
MARIANA. (A Ana.) ¿Me perdonas?
ANA. No faltaba más. (Suenan las doce en un reloj.)
CORONEL. Señores, que están tocando á rancho. ¡Rompan filas! (Se dirige al foro.)
- ANA. (Deteniéndole.) Pero hombre, ¿y esos señores? (Señalando al público.)
CORONEL. (Se detiene y después de pensar.)
- Que se incorporen si quieren.
O que se queden aquí.
- RITA.
Pío. (Al público.) Ustedes elegirán; pero antes han de aplaudir.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en la librería de la *Sociedad de Autores, Arenal, 20*, y se considerará fraudulento todo el que no lleve el sello de dicha Sociedad.